

XI DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

II Samuel 12,7-10, 13 Gálatas 2, 16,19-21 Lucas 7,36-50

“Tu fe te ha salvado. Vete en paz”

13 Junio 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“ESTOY CRUCIFICADO CON CRISTO: VIVO YO, PERO NO SOY YO, ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ”

Coinciendo con la clausura del Año Sacerdotal, han tenido lugar en Roma unas jornadas sobre el sacerdocio, en las que han participado sacerdotes de todo el mundo. Decía el cardenal Joachim Meisner, arzobispo de Colonia: “Cuando fieles cristianos me preguntan: ‘¿Cómo podemos ayudar a nuestros sacerdotes?’, entonces siempre respondo: ‘Id a confesaros con ellos’”. Siempre se suele dar otra respuesta: “Rezad por ellos”. En este caso va más allá y explica lo que ocurre cuando el sacerdote pierde esa fuente de vida sacramental: “Allí donde el sacerdote deja de confesar, se convierte en un agente social religioso y cae en una grave crisis de identidad”. Y añade: “Un confesionario en el que está presente un sacerdote, en una iglesia vacía, es el símbolo más impresionante de la paciencia de Dios que espera”. **Estas reflexiones son una ayuda para pedir hoy por el sacerdocio y los sacerdotes.** Este año hemos rezado por ellos y suplicado que haya más vocaciones en la Iglesia. Hoy pedimos que los sacerdotes puedan ser siempre reflejos de Cristo; decía el P. Kentenich: “El sacerdote, con sus pensamientos y esperanzas, con sus obras y sentimientos, está encuadrado en el Cristo misterioso aquí en la tierra, por eso lleva continuamente consigo al cielo a todos los miembros de Cristo”¹. El sacerdote lleva el cielo a todos los hombres sedientos de Dios y está llamado a hacer suyas las palabras de S. Pablo: “Sabemos que el hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo. Por eso nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, pues por las obras de la ley nadie será justificado. En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí; y mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí. No tengo por inútil la gracia de Dios, pues si por la ley se obtuviera la justificación, entonces hubiese muerto Cristo en vano”. Gálatas 2, 16,19-21. Se trata de un corazón en el que Cristo vence. Cristo ha de hacerse fuerte; mientras nosotros morimos, Él vive. En el sacerdote Cristo ha de manifestarse a través de su carne herida y frágil, en sus defectos y debilidades. **Decía Benedicto XVI a los sacerdotes:** “No es suficiente que en nuestro trabajo pastoral hacer correcciones sólo a las estructuras de nuestra Iglesia para que sea más atractiva. ¡No es suficiente! Lo que hace falta es un cambio de corazón, de mi corazón”. **Todos los sacerdotes hemos de suplicar continuamente que Cristo nos dé un corazón nuevo, manso, humilde y misericordioso.**

Ha sido un año difícil para los sacerdotes; en muchos momentos se ha cuestionado la pureza, sentido y fidelidad de la misma vocación. En este mismo año, ha surgido la película “La última cima”, sobre la vida de un sacerdote de Madrid fallecido hace un año, Pablo Domínguez. Esta película es un canto a la vida lleno de esperanza. Es una película que nos mete de lleno en el “lío de la fe”, como lo describe el director Juan Manuel Cotelo: “Investigar sobre un cura es complicado. Porque primero empiezas por un cura, y luego te preguntas por todos los curas; después quieres saber más sobre la fe, quieres averiguar cosas sobre la Iglesia; y al final, te acabas preguntando, qué pinta Dios en todo esto; y el problema es que luego quieres contarlo, porque lo que descubres es muy fuerte, te has metido en un lío”. Esta película nos lleva a todos a cuestionarnos, no sólo a nosotros los sacerdotes. Nos provoca y nos incomoda. **¿Vivimos la vida con intensidad? ¿Somos testimonios vivos del amor de Dios? ¿Somos como niños y disfrutamos de la vida que Dios nos da? ¿Nos damos con alegría, sencillez, humildad y transparencia?** Son preguntas que nos ayudan a profundizar en nuestra vida. **Dios quiere que tengamos un**

¹ J. Kentenich, llamado, consagrado y enviado, 74

corazón nuevo. Sólo así es posible vivir de verdad. *¿Cómo es nuestro corazón?*

Recurso a una frase para explicar los peligros del corazón: “*Hacer cumplir reglas, en expresiones tan sutiles como la responsabilidad y las expectativas, es un vano intento por crear certidumbre a partir de la incertidumbre*”². Es verdad que a los hombres nos gustan más los sustantivos que los verbos, las reglas antes que la incertidumbre. Nos acostumbramos a las obligaciones y la rutina con sus normas nos parece agradable. Sin embargo, a Dios le gusta más la incertidumbre y conjuga mejor los verbos: responder y esperar. Nos llama y así espera que respondamos. Él espera siempre nuestra respuesta. Pero muchas veces, buscando certezas, nos atamos al sustantivo “*responsabilidad*” y perdemos la vida. ¡Cuántas veces nos cargamos innecesariamente de responsabilidades! Creemos que estamos obligados a muchas cosas. Respondemos a Dios y, como consecuencia, sacamos un montón de obligaciones que nos pesan y atan. Son nuestras responsabilidades, impuestas por otros o por nosotros mismos. Al mismo tiempo Dios conjuga con alegría el verbo esperar. De él se derivan sustantivos como la esperanza. Pero también el hombre, buscando seguridades, se ata al sustantivo “*expectativa*” y de él vive. Así vive esperando que otros den satisfacción a sus expectativas. ¡Cuántas veces vivimos la vida que otros esperan de nosotros! Las expectativas de los demás nos encasillan y las propias obligan a otros a responder. Luchamos por estar a la altura de las expectativas y nos frustramos cuando nos fallan. Sentimos que no podemos fallar porque los demás esperan mucho. **Y el fallo de los demás nos resulta imperdonable.**

Al meditar sobre todo esto pensaba en el Evangelio de este domingo: “*Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa*”. Un fariseo invita a Jesús porque admira al Maestro. Pero, desde el momento en el que lo recibe en su casa, no le muestra su amor: “*Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. No me diste el beso. No ungiste mi cabeza con aceite. A quien poco se le perdona, poco amor muestra*”. Tal vez el fariseo ama a Jesús, pero no es capaz de romper su rigidez y sus formas. No le muestra su afecto, no puede. A lo mejor no ha experimentado nunca el perdón. Quizás no cree que deba ser perdonado por nada. **¿Acaso no nos pasa a nosotros a veces que nos creemos en posesión de la verdad y pensamos que todo lo hacemos bien?** Cuando uno vive así, no es capaz de amar con su vida, con sus gestos. El fariseo llama a Jesús y lleva en su corazón una serie de expectativas. Está convencido de las responsabilidades que Jesús tiene; no puede fallar. Si es de verdad un profeta, su comportamiento debe estar en consonancia con su misión. No obstante, en ese mismo momento, ocurre lo imprevisto: “*Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume*”. Podía haber salido todo bien, sin sorpresas. Las expectativas y responsabilidades se hubieran visto satisfechas. Bajo una aparente casualidad, sin embargo, se encuentra la conducción de Dios. Una mujer pecadora entra en acción. Esta mujer no había sido invitada y su amor la lleva a actuar. **Los imprevistos rompen los esquemas y nos incomodan; cuestionan nuestra entrega.**

Lo normal es que, al verse frustradas las expectativas, llegue la crítica o la decepción: “*Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.»* Siempre reaccionamos así, salvo que tengamos un corazón de niño. Las personas que no son fieles a sus responsabilidades o no responden a las expectativas que tenemos sobre ellos, nos suelen defraudar. Y cuando hemos sido defraudados, surge la crítica y el rechazo en nuestro corazón. Si Jesús fuera verdaderamente profeta, si fuera Dios, hubiera sabido todo y no hubiera permitido el comportamiento de la mujer pecadora. Era un pecado público y sabemos el daño que causa el escándalo. Jesús debería haber rechazado a la mujer, sin embargo, al no reaccionar, parece que no es verdaderamente un profeta. El fariseo condena a Jesús. ¡Cuántas veces condenamos nosotros a los que nos rodean en nuestro silencio! Nos dejamos llevar fácilmente por las

² La Cabaña, W. Paul Young, 214

apariencias y juzgamos de forma superficial. A partir de un hecho concreto, sacamos consecuencias definitivas, a veces de forma injusta. Juzgamos y condenamos con facilidad. Cuando alguien nos falla, deducimos que no podemos volver a confiar. Si vemos a una persona de mal humor, pensamos que está amargada. Si alguien no nos sonríe y nos trata secamente, deducimos que es antipática y nos desprecia. Solemos tener mucha indulgencia con nuestras caídas y, sin embargo, poca misericordia con los fallos ajenos. Encasillamos a los demás, a los que queremos, y cuando nos fallan, surge la crítica y el rechazo. Es muy fácil caer en este juego. Todos estamos expuestos a ello continuamente. Manejamos muy bien el juego de las expectativas y de las responsabilidades. En el amor vivimos continuamente con expectativas. Esperamos gestos de amor muy concretos, presuponemos que tenemos derecho a ciertas cosas y esperamos que ocurran. Son expectativas que cargamos en el corazón. Cuando no son satisfechas, sufrimos. Lo mismo las responsabilidades. Respondemos y eso nos llena de responsabilidades. La vida es en un tren cargado de obligaciones. La oración y el amor se convierten en responsabilidades. **Nos esclavizamos casi sin darnos cuenta y creamos normas que nos puedan dar así algo de seguridad.**

Ante el juicio y la condena de los que observan a Jesús y a la mujer pecadora, Jesús responde: «*Simón, tengo algo que decirte.*» El dijo: «*Di, maestro.*» Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?» Respondió Simón: «*Supongo que aquel a quien perdonó más.*» Él le dijo: «*Has juzgado bien*» Jesús lee el corazón de aquel que ya le condena en silencio. Sorprende la libertad interior de Jesús ante tanto amor derramado a sus pies. No le importa el juicio de los que le rodean, sólo le produce pena y por eso le cuenta una parábola para explicar el secreto del amor. Dos deudores y un corazón misericordioso. El corazón que perdona es un corazón grande y abierto. Los deudores salen felices por el perdón, pero sobre todo aquel al que más se le ha perdonado. Jesús no se justifica. No se excusa dando razones de su actuar. No pretende que estén de acuerdo con sus formas. No busca que todos lo aprueben. Nosotros sí solemos hacerlo. No aceptamos que nos juzguen injustamente y damos explicaciones antes de que nos las pidan. Vivimos justificando nuestro actuar. Incluso antes de que nos condenen, porque nosotros ya nos hemos condenado. En nuestro interior escuchamos los juicios severos y tratamos de dar razones que convenzan. Jesús no lo hace, simplemente muestra el mecanismo del perdón y del amor. Van unidos. Somos perdonados y el amor crece. Recibimos amor y se despierta en nuestro corazón un amor más grande. Nuestro amor despierta el amor en otros corazones. Nuestro perdón es el camino para que otros puedan amar. Cuando nos sentimos seguros y justificados, es como si no nos hiciera falta el perdón de nadie. Vamos perdonando vidas porque pensamos que nosotros siempre tenemos la razón y nunca hacemos nada mal. Es terrible pensar así, porque nos endurecemos. Cuando nos creemos seguros en nuestra forma de ser, en nuestros pensamientos y acciones, caemos en la soberbia y nos cerramos al amor. Un corazón endurecido es incapaz para el amor. **El corazón humilde, el que se humilla y abaja a los pies del otro, es un corazón abierto, dispuesto a recibir el amor y la misericordia, dispuesto a amar con toda el alma.**

En la entrega del amor los gestos son muy importantes: «*Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: « ¿Ves a esta mujer? Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor.*» Como dice **S. Gregorio:** «*Todo lo que había tenido para su propia complacencia ahora lo ofrece en holocausto. Todos sus crímenes los convirtió en virtudes, para consagrarse exclusivamente al Señor por medio de la penitencia, tanto como se había separado de Él por la culpa*». Su pelo, sus lágrimas, sus besos y el perfume, se convierten en expresión de su amor más grande, todo puede servir para expresar el cariño. Esos gestos que en otro momento no significaron nada, cobran ahora un significado más profundo, un sentido más verdadero. Ahora es un amor profundo que se expresa en llanto, en besos y en cariño muy concreto. Los fariseos ven en esos gestos algo pecaminoso e impuro, ven en esa mujer sólo una fuente de pecado. Les asombra la actitud del Señor y la interpretan como ignorancia. No obstante, la actitud de Jesús es de libertad interior. Acepta el amor en sus expresiones más humanas, sin pudor, sin miedo a la opinión

de otros. **No rechaza un amor arrodillado, lo acoge con un corazón grande.**

Yo pensaba en que muchas veces no somos capaces de expresar nuestro amor ni de acogerlo. Nos mostramos fríos y no demostramos todo lo que las personas nos importan. Nos da miedo que nuestros gestos puedan ser malinterpretados. Nos cuesta comprometernos. Puede ser que nos dé vergüenza regalar un amor tan humano y, tal vez, no ser correspondidos. La entrega gratuita, sin esperar nada a cambio, nos parece imposible. Esta semana celebramos el **Sagrado corazón de Jesús y de María**. Dos fiestas que ponen en el centro el amor de Cristo y de María que se entregan por nosotros de forma muy humana. El amor se expresa en gestos y, si no, desaparece. El amor de Cristo, en su corazón abierto que se nos da en signos. La tradición nos muestra la importancia de la devoción al **Sagrado Corazón de Jesús**: “*Es innata al Sagrado Corazón la cualidad de ser símbolo e imagen expresiva de la infinita caridad de Jesucristo, que nos invita a devolverle amor por amor*”. El amor de Dios, divino y humano, se manifiesta en el corazón abierto del Señor. El amor de Cristo crucificado se expresa en ese corazón llagado: “*El misterio de la Redención es un misterio de amor misericordioso de la Trinidad y del Redentor hacia la humanidad entera*”. El corazón de Cristo se nos regala para que no dudemos nunca del amor de Dios. Del costado abierto de Cristo mana la Iglesia y, “*lo afirmado del costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, ha de aplicarse a su Corazón, al cual, sin duda, llegó el golpe de la lanza*”³. El corazón de Cristo es un corazón abierto, llagado. La lanza ha penetrado en su interior para que la vida surja. No es un corazón sellado y perfecto, es un corazón que no puede contenerse. **Las heridas de Jesús se convierten en la puerta que nos lleva a la vida. Nuestro corazón herido es acogido en el corazón roto de Cristo.**

Cristo asume toda nuestra naturaleza humana, porque nada de lo humano le es ajeno. Lo dice S. Juan Damasceno: “*Cristo asumió los elementos todos que componen la naturaleza humana, a fin de que todos fueran santificados*”. Todo lo asumido fue redimido por el Señor. Nuestro corazón entero, con sus gestos de amor, con su debilidad y sus heridas. Cristo tomó todo lo nuestro y asumió todo menos el pecado. Él tuvo ese corazón humano que sufrió y experimentó la alegría, se tristeció y se apasionó por la vida, le dolió el mal y se enamoró de la belleza. Decía S. Juan Crisóstomo: “*Si no hubiera poseído nuestra naturaleza, no hubiera experimentado una y más veces la tristeza*”. En el corazón de Jesús vemos reflejada nuestra propia humanidad, nuestro amor débil e inconstante, nuestras heridas, profundas e inolvidables. En ese corazón recobramos la vida y en su herida abierta podemos descansar. Al contemplar el corazón de Cristo le pedimos que nos regale un corazón nuevo. Nuestro corazón es débil y no sabe ser fiel en lo pequeño. Se encapricha fácilmente y no logra amar de forma constante. Nuestro corazón pierde la paz rápidamente y ve la mano de Dios allí donde sólo nuestros caprichos nos llevan. Entra el pecado y hace que el amor verdadero no sea la respuesta. **Por eso miramos el corazón de Jesús, para pedir un corazón nuevo.**

Puede ser que nuestro corazón sea duro como el de los fariseos. No queremos permanecer recostados en nuestro sillón, llenos de seguridades, normas, expectativas y responsabilidades. No queremos dejar que la vida pase ante nosotros como una película, juzgando todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Solemos opinar sobre todo sin que nos pregunten; sobre los comportamientos de los demás, sobre la vida que llevan otros. Todo lo cuestionamos menos nuestra propia actitud de espectadores pasivos. Un corazón lleno de orgullo y soberbia es un corazón incapaz para el amor, duro y poco moldeable. Por el contrario, necesitamos un corazón como el del cura que antes mencionaba, Pablo Domínguez, **un corazón de niño que logre ver siempre en el prójimo a Cristo y lo pueda mirar con misericordia.**

Puede ser que nuestro corazón no crea en la misericordia de Dios. Ese corazón entonces no acepta el perdón y, por miedo al castigo, huye y se esconde. No queremos un corazón así. El pecado es demasiado pesado y las heridas demasiado dolorosas, necesitamos vivir la misericordia de Dios. Humillarse ante Él nos parece casi imposible y el miedo al castigo sigue

³ Citas de: Pio XII, *Encíclica sobre el culto al sagrado corazón de Jesús*, Haurietis Aquas, 15-5-1956

presente en el alma. Un corazón así no puede amar porque vive con miedo. El corazón de la mujer pecadora del Evangelio es un corazón que se humilla sin miedo y, como don, recibe la paz: «*Y le dijo a ella: «Tus pecados quedan perdonados.» Los comensales empezaron a decirse para sí: « ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?» Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz»* Lucas 7,36-50. Decía el **P. Kentenich**: «*No podremos vivir sin pecado. Pero podemos procurar que el pecado nos lleve hacia el corazón de Dios. Ésta es la verdadera redención*»⁴. La experiencia de **David** es la de la debilidad asumida y entregada. Hasta que no se confronta con su realidad pecadora, no inicia el camino de regreso al Padre misericordioso: «*Natán dijo a David: «Tú eres ese hombre. Así dice el Señor: Yo te he ungido rey de Israel y te he librado de las manos de Saúl. Te he dado la casa de tu señor y he puesto en tus brazos las mujeres de tu señor; te he dado la casa de Israel y de Judá. ¿Por qué has despreciado la palabra del Señor, haciendo lo que a Él le parece mal? Has matado a espada a Urías el hitita, quedándote con su mujer. Pues bien, nunca se apartará la espada de tu casa, ya que me has despreciado y te has quedado con la mujer de Urías el hitita. David respondió a Natán: «He pecado contra el Señor». Natán le dijo a David: «También Dios perdona tu pecado; no morirás».* II Samuel 12, 7-10, 13. Enfrentado con su pecado, suplica perdón. El pecado, reconocido en gestos de humildad, recibe el perdón como respuesta. Las palabras del **salmo** recogen esa actitud del corazón que suplica misericordia: «*Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado. ¡Dichoso el que es perdonado de su culpa, y le queda cubierto su pecado! Dichoso el hombre a quien el Señor no le toma en cuenta su pecado y aquel en cuyo espíritu no hay fraude. Mi pecado te reconocí, y no oculté mi culpa; dije: «Me confesaré a Dios de mis rebeldías.» Y tú absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado. Tú eres un refugio para mí, de la angustia me guardas, estás en torno a mí para salvarme. ¡Alegraos en Dios, oh justos, exultad, gritad de gozo, todos los rectos de corazón!» Salmo 32, 1-2, 5,7. El pecado nunca aleja a Dios de nosotros. Nuestra actitud humilde lo acerca más todavía.*

Puede ser que nuestro corazón sea pusilánime e incapaz para la lucha. No queremos un corazón que no pueda hacer frente a las dificultades. Un corazón así huye de los problemas y evita las tentaciones; no vive ni ama de verdad porque evita el compromiso; y el miedo al fracaso es más fuerte que el deseo de vencer en las dificultades. Pensaba en el corazón de **Nadal**, tenista que acaba de ganar, reponiéndose de un año lleno de dificultades. Decía: «*A mí me gusta sufrir para superarme, mantener la ambición para ser mejor cada día. Mi satisfacción personal no es ganar, sino haber sido capaz de superarme y dejar atrás una etapa complicada. Si un día no hay sufrimiento ni capacidad de superación que me lleven a algo que me llene de verdad, punto y final. Sin problema, porque la vida tiene otras cosas, no es sólo tenis*». Un corazón así no se conforma y no se deja arrastrar por la vida. Queremos un corazón que luche siempre, que no decaiga, que no pierda nunca la esperanza y confíe en sus fuerzas y en la misión que le han confiado. **Un corazón así enfrenta las dificultades y ve en ellas oportunidades para crecer.**

En el fondo del alma deseamos un corazón distinto, un corazón como el de los santos. Un corazón capaz de amar y de entregarse por entero. Para ello necesitamos un corazón que se quiera y se acepte con alegría. Lo dice **Luis Rojas Marcos**: «*Las personas que se valoran a sí mismas están en mejores condiciones para afrontar los problemas*». En la aceptación de nuestra debilidad se encuentra el camino de la verdadera conversión. Hoy miramos a Dios y a María, sus sagrados corazones, y suplicamos un corazón nuevo a cambio de nuestro pobre corazón. Aceptamos nuestra pequeñez, entregamos nuestra debilidad; pedimos que **Dios nos regale un corazón de carne, un corazón enamorado, un corazón humilde y misericordioso, capaz de darse por entero**. Miramos a **María**, miramos su corazón atravesado por la espada del dolor, y deseamos que, en sus manos, nuestro corazón cambie. Las palabras de **Benedicto XVI** sobre María son una motivación para el cambio: «*Contemplando a María, ¿cómo podríamos impedirle que despierte en nosotros, la aspiración a la belleza, a la bondad, y a la pureza del corazón? Su candor celestial nos atrae hacia Dios, ayudándonos a superar la tentación de una vida mediocre, hecha de compromisos con el mal, para guiarnos hacia el bien auténtico que es la fuente de toda alegría*». Angelus, 8-12-2005. Queremos esa pureza, esa bondad, ese amor a la belleza. Hoy pedimos que **nuestra Madre se haga dueña de nuestro corazón enfermo y herido y lo transforme en la fuerza del amor de Dios**.

⁴ J. Kentenich, *Educación mariana para el hombre de hoy*, 147